

ESPAÑA COMO PARTE INTEGRANTE EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO CULTURAL EUROPEO

Por JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ

Catedrático de Derecho Constitucional
Universidad San Pablo-CEU

Introducción

El objeto de la presente comunicación pretende poner de relieve la participación de España en la construcción del espacio cultural europeo y describir las consecuencias de ello en la realidad histórica de nuestro país. Ver cómo nuestra visión de Europa ha podido condicionar la vida española en su totalidad, cómo ha influido en la evolución de nuestra historia, nuestra filosofía política, nuestro arte, nuestro pensamiento, nuestra «vividura» como pueblo, utilizando esta expresión con el sentido que le asigna Américo Castro. En primer lugar parece conveniente preguntarnos acerca del ser de Europa.

¿Qué es Europa?

En primer lugar un mito. Un mito muy persistente en la historia de la cultura occidental. Europa es la hija de Agenor, rey de Fenicia, y de la ninfa Egeria. De una hermosura deslumbrante, es raptada por Zeus, bajo forma de toro, y la conduce a la isla de Creta. Fruto de estas relaciones nacieron tres hijos: Minos, el autor del famoso laberinto, Eaco y Rhadamante. Estos dos últimos llegarían a ser, según la mitología, jueces del infierno. Sobre este raptó y todo el significado del mismo el maestro don Luis Díez del Corral publicó una de las obras más conocidas en el extranjero de un autor español. La tituló precisamente *El raptó de Europa* y

pasa por ser una de las interpretaciones más originales sobre la cultura europea.

Siguiendo al profesor Díez del Corral, Europa, esa gran ficción mítica, ha sido capaz de transformarse en la plataforma de la cultura occidental. Fue la gran abanderada cultural del mundo. Ciertamente había razones de índole geográfica, cultural, económica, la famosa centralidad europea, ese casi monopolio de la ciencia que durante tanto tiempo mantuvo, la interna racionalidad de sus experiencias culturales, destacada de antiguo por Max Weber y más recientemente entre nosotros por González Seara, etc., todo ello justifica sobradamente la primacía que hasta fechas muy recientes ha tenido el viejo continente en casi todos los ámbitos de la cultura y su papel trascendente de punto de referencia para todos.

Díez del Corral ha destacado de forma especial la capacidad de Europa para inventarse y renovarse cada día. Europa ha sido capaz de inventarlo casi todo. Por ello ha sumado más historicidad que nadie y por tanto, también, más caducidad. Ha sido capaz de profundizar en terrenos, de los cuales, si hoy nos saliéramos, volveríamos a etapas muy anteriores en la historia de la humanidad. Europa ha inventado la especulación filosófica en Grecia, y el derecho en Roma. También la tensión dialéctica entre mundos dispares. Ha inventado el cristianismo medieval y el monacato como elemento transmisor de cultura. El concepto de Estado y todas sus posibles evoluciones en versión de Estado de derecho, social y democrático. La idea del progreso, ese «tranvía de la libertad», los partidos políticos y las declaraciones de derechos. La cultura urbana y la aceptación del mundo rural como parte integrante y fundamental de la civilización europea. La mayor parte de las realizaciones en las que nos movemos llevan el sello creador del Viejo Continente. Su estilo propio. Pero lógicamente todas estas realizaciones son el resultado de las aportaciones de los distintas partes que la integran. ¿Cuál ha sido la participación española en la configuración de Europa y qué hemos aportado los españoles en esa impresionante construcción? Veamos.

La relación España-Europa a lo largo de la historia

Para empezar conviene señalar que las relaciones de nuestra patria con el continente han sido bastante más fluidas de lo que

a primera vista pueda parecer. No hemos estado tan incomunicados como algunos han querido destacar. El profesor Jover Zamora ha podido hablar de la «componente europea de lo español y la componente española de lo europeo». Ha habido una interrelación, cuya intensidad y alcance ha variado con el tiempo, pero que jamás ha dejado de darse.

De entrada, la participación española y, por tanto, las relaciones de España con el continente europeo se diferencian del resto de los países del mundo en que han sido siempre relaciones contrastadas, relaciones pendulares, que pasan de una entrega amorosa a la idea de Europa a un desaire total hacia el continente y todo lo que representa.

Sin embargo, esa «ley pendular» de la historia hispana, esa especie de amor y odio, ha teñido de originalidad las aportaciones españolas a la construcción de Europa. España, a diferencia de otros países, jamás ha sentido con indiferencia la relación con Europa. Abiertamente a favor, o rotundamente en contra, ha participado de una forma especial y *sui generis* en la construcción del espacio cultural —entendido en sentido muy amplio— del Viejo Continente. Veamos cómo ser ha desarrollado ese proceso a lo largo de la historia, pero sin olvidar ese sentido pendular, amor-odio, pero jamás indiferencia, que antes he señalado y que el maestro Díez del Corral reitera insistentemente en su mencionada obra.

De entrada hay que destacar que así como la autoría del nombre Europa corresponde por derecho propio a Hesiodo en su *Teogonía*, la palabra «europeo» es claramente hispánica. Aparece por primera vez en las Crónicas Mozárabes, año 754, a principios del siglo VIII y se designa con este nombre, desde una crónica española, a aquel conjunto de hombres que acudieron a luchar en la batalla de Poitiers, año 732, a las órdenes de Carlos Martel, hijo del último de los «mayordomos de palacio» para frenar el avance sarraceno que por primera vez amenazaba a Europa desde el oeste. Siglos más tarde la amenaza vendría del este y allí también España acudiría solícita a la salvación de Europa. Como ha puesto de relieve Ramos Oliveira, en referencia a otro momento histórico más cercano en el tiempo, los españoles han solucionado en muchas ocasiones los grandes problemas de Europa, y *sensu contrario*

algunos problemas españoles no solo no los ha resuelto Europa, sino que los ha agravado.

A partir de Poitiers en España se empieza a dar a la palabra europeo un fuerte contenido de universalización. También a partir de entonces la historia española propiamente dicha será una sucesión de etapas abiertas y cerradas. En el primer caso de apertura a Europa. En el segundo, de cerrazón frente al continente, coincidiendo cronológicamente en muchas ocasiones con momentos de nacionalismo exacerbado.

Siguiendo a Díez del Corral, hay que resaltar la forma especial que España a lo largo de su historia tiene de relacionarse con Europa. La máxima resistencia a Roma, para más tarde transformarse en el albacea de la cultura clásica. Nos tienen que mandar a Lúculo y Galba para controlar el territorio. Más tarde aportaremos a Roma los grandes emperadores de la época cenital del imperio, como Adriano y Trajano o pensadores como Séneca y escritores como Lucano, Marcial o Pomponio Melo.

Del siglo II al IV hay una clara vocación africana de España. Pero un África muy latinizada. La de San Agustín y Tertuliano.

Nuestra Edad Media, a diferencia de la francesa, será una etapa muy beligerante porque somos los encargados de frenar en el sur del continente la invasión de pueblos asiáticos y africanos. Ello lógicamente tuvo sus consecuencias históricas. Como recuerdan Toynbee y Pirenne, obligó a los españoles a actuar como una especie de muelle comprimido que, cuando termina de expulsar a los árabes tras la conquista de Granada, se tiene que proyectar a otros mundos, hacia otros continentes. Las inmensas reservas vitales que se han venido acumulando para derrotar a los árabes y conquistar Granada van a jugar un papel importante en el descubrimiento americano.

Pero esta Edad Media, que al principio se muestra tan cerrada sobre sí misma, va a vivir también momentos de fértil apertura. Es lo que Menéndez Pidal ha llamado «la reacción europeísta». Es la época de Alfonso VII, Sancho el Mayor, de Navarra, la apertura por Raimundo de Toledo de la escuela de traductores, la introducción de la poesía provenzal y el metro alejandrino, y de la escritura francesa frente a la gótica. Es la introducción del Derecho Romano, el apoyo a Cluny y la obra académica de Alfonso X. Todo ello daría a la cultura española un tono muy europeo. Des-

pués vendrían ya los Reyes Católicos. Unos monarcas a un tiempo antiguos y modernos. Contradictorios. Capaces de llevar a cabo una muy inteligente política exterior y, al mismo tiempo, expulsar a los judíos. Realizar la unidad interior y simultáneamente expandirse por Europa. Poner a España en condiciones de asumir y protagonizar esa gran creación cultural europea que es el Estado moderno, fruto típicamente europeo y occidental que surge en unas coordenadas espaciales y temporales muy definidas. Europa occidental-España, Francia e Inglaterra y en un tiempo histórico concreto, el siglo xv. Esto es así porque el proceso de madurez intelectual que la aparición del Estado exigía solo se daba entonces en la España de los Reyes Católicos, la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII Tudor.

Después vendría Carlos I, el gran europeo españolizado. El hombre de Gante que muere en Yuste. Más tarde Felipe II. Sin los Austrias españoles la historia de Europa resulta incomprensible. España es también Borgoña y los Países Bajos, el Milanésado y el Imperio. Y por supuesto, América. Felipe II será un árbitro de Europa que, sin embargo, prohíbe a los estudiantes españoles que salgan a las grandes universidades del continente. Se cierra también la importación de libros de Europa. Hay claustrofobia respecto al continente. Hay miedo a la cultura por parte del monarca más poderoso de su época. Curiosamente, el rey tiene miedo a abrirse a una cultura occidental que muy poco antes ha visto a Luis Vives, un gran español europeizado, impartir clases en el Trilingüe de Lovaina y tener cátedra permanente en la Universidad de Oxford. Exponente de una cultura fuerte y viva que desde la creación cisneriana de Alcalá ha dado al mundo la Biblia Polígota Complutense, pocos años antes.

Los Austrias menores siguen una política de precauciones frente a Europa. Se van cerrando porque ya no pueden resistir la presión europea. Los nombres de Rocroy y Westfalia ponen de relieve que, por primera vez, España empieza a dejar de ser la primera potencia y, como hasta ahora, la «señora» de Europa. El siglo xvii verá en sus postrimerías el inicio de un tema recurrente de la cultura española: la «decadencia».

El siglo xviii es el siglo educador por excelencia en opinión de Ortega. Es una centuria aperturista. Borbones y cultura francesa. Pero un siglo donde también Europa pone sus condiciones.

Entre ellas Utrecht en 1713. Es el siglo de las Sociedades Económicas y la apertura intelectual. Los grandes autores ingleses del XVII —Hobbes y Locke— y los franceses del XVIII que han tomado el relevo —Montesquieu, Rousseau, Sieyès— llegan a España y sus obras son comentadas en los salones de la época. El predominio de la cultura francesa es total. El padre Isla llega a decir que «conoció en Madrid a una marquesa que aprendió a estornudar a la francesa». Los ejemplos de este afrancesamiento podrían multiplicarse. Pero ello no era privativo de España, antes al contrario, era la tónica dominante de la Europa de su tiempo. Es en este siglo donde, una vez más, la historia de Europa va a jugar a los españoles malas pasadas. Cuando estábamos dispuestos a llevar a sus últimas consecuencias la apertura europea, es decir, la europeización de España, estalla la revolución en Francia. Y ello justifica que un grupo de gobernantes que se han mostrado muy aperturistas hasta ese momento den marcha atrás cuando ven que al otro lado de los Pirineos se está acabando con la representación del *Ancien Régime* y caen cabezas reales. Y las testas coronadas son precisamente las de los primos del rey de España. Se establece entonces una especie de cordón sanitario que devuelve a España a una situación de enclaustramiento. La Europa no nos ve con buenos ojos. Buffon, Voltaire y Montesquieu nos aplican unos comentarios durísimos. En el siglo siguiente las cosas cambiarán. En el XIX, España, tras la invasión napoleónica, es el punto de referencia de la cultura occidental. Ha dado el impresionante espectáculo, desde el punto de vista de la cultura romántica, de hacerle frente a Napoleón. Es la guerra de la Independencia. Una guerra «nacional» como la que llevan a cabo contra el mismo enemigo, Alemania y Rusia. Pero la causa de que seamos nosotros el referente romántico de Europa se debe quizá a la manera española de afrontar el tema. Contradicción *in terminis* de un pueblo levantado en armas contra el francés y, sin embargo, la introducción pacífica de la cultura política francesa por la puerta de la isla de León y el templo gaditano de San Felipe Neri. Derrotar en el campo de batalla al «amo» de Europa y al mismo tiempo ser vencido desde el punto de vista ideológico por la superior cultura de Francia, esa Francia tan dentro de nuestros esquemas intelectuales que condiciona desde nuestro derecho público a las costumbres de la Corte e incluso el mismo matrimonio de nuestra joven reina Isabel II.

Habrà que esperar a la llegada de los llamados «demócratas de cátedra» para que Francia deje paso a la cultura alemana. Es la generación que inspira intelectualmente la «revolución gloriosa» y la que afirma por boca de su máximo epígono, Julián Sanz del Río, que para salvarse de la cultura francesa había que sumergirse hasta la coronilla en la cultura alemana. Es la obra intelectual de los krausistas. Una generación de hombres que por primera vez van a introducir en nuestra patria un concepto clave: la cultura es poder. Por lo tanto, lo que interesa es crear aquellos mecanismos intelectuales que permitan conquistar el poder por una vía muy distinta de cómo se había conseguido hasta ahora. Ya no hay que acudir a las trincheras. Basta con crear instituciones educativas. Fruto de esta tesis será algunos años más tarde cuando tenga lugar la llamada «segunda cuestión universitaria», la creación de la Institución Libre de Enseñanza, la más ejemplar creación española en el campo de la pedagogía. Los nombres de europeos egregios como Ahrens, Krause o Victor Cousin van a estar detrás de este ambicioso proyecto. Lo que Jover llama el «humanitarismo popular», también de filiación continental, aunque impregnado de esencias hispánicas, se va a hacer presente entre nosotros. También la introducción de elementos utópicos. La mejor prueba es la abolición de la esclavitud al amparo de la Constitución de 1869. Este texto supera en cuanto a su liberalismo al de Cádiz, tenido por muchos como «la carta magna del liberalismo español» y de tan evidente influencia en el liberalismo europeo de su época, según puso de relieve Ferrando Badía. Si 1812 es el liberalismo al hispánico modo, mezclado con factores religiosos y planteamientos éticos, muy en la línea del liberalismo de cuño escocés, el de Adam Smith, por ejemplo, o del liberalismo doctrinario de raíz francesa, como puede ser el de Tocqueville o Benjamin Constant; el liberalismo de este tiempo recibe también en el aspecto religioso la influencia europea, donde ya circula una especie de catolicismo liberal vinculado con la llamada Escuela de Malinas, que pronto fue conocido en España.

Los hombres de la generación del 69 quieren buscar la solución a los problemas de España fuera de nuestras fronteras. Pero no en Francia, como hasta ahora, ni tampoco en Inglaterra. Su punto de mira es Alemania. Entienden que Francia no les sirve porque «solemniza lo obvio». Inglaterra tampoco porque fue la

solución hasta mediados de siglo, pero hoy por hoy —es decir, el último tercio del XIX— los problemas españoles solo pueden encontrar solución en Europa y dentro de ella en la cultura germánica. Idéntico planteamiento se va a producir entre los miembros de la llamada generación de 1914, es decir, los nietos del 69.

La solución inglesa a la que antes me refería estuvo plenamente vigente en España hasta mediados del siglo XIX. Y era lógico. Los liberales españoles, cuando tenían que salir de España por motivos políticos, al único sitio que podían ir era Inglaterra, porque el resto de los países europeos estaba gobernado por los Borbones. Además tenían la puerta de salida de Gibraltar, el peñón que perdimos como consecuencia de la guerra de Sucesión española —un conflicto europeo— y de la paz de Utrecht en 1713. Gibraltar tradicionalmente ha servido para dos cosas. Permitir la salida del discrepante y el contrabando. Esperemos que ahora, en todo caso, solo sirva para lo segundo y a ser posible ni para eso. También Europa tiene mucho que ver con ello.

Los liberales españoles para huir de Fernando VII, especialmente tras la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis que pone fin al llamado Trienio Liberal, se marchan a Londres y allí viven y malviven bajo el amparo y la munificencia de lord Holland. Será el primer gran exilio español, magníficamente estudiado por Vicente Llorens en su obra *Liberales y románticos*, y más recientemente por Manuel Moreno Alonso. El tema de esta sangría intelectual se repetiría de forma aún más trágica tras la guerra civil del 36, exilio que también es hoy bien conocido gracias a las aportaciones del profesor Abellán.

El primer exilio español, es decir el de 1823, se vive en Europa pero al estilo español. Aquel grupo de intelectuales y políticos que en España casi no se dirigían la palabra viven allí en el mismo barrio, comparten las mismas escasas viandas que tenían, todos los días se reúnen en el mismo parque para conversar al amparo de un árbol que plantan y le llaman Guernica, en recuerdo de las libertades vascas, y finalmente crean un Ateneo español en Londres. Hay incluso una anécdota que no me resisto a silenciarla. Uno de los exiliados, Antonio Alcalá Galiano, la cuenta en su libro de memorias *Recuerdos de un anciano*. Relata que cuando, a la muerte del rey Fernando, la viuda Cristina de Nápoles les llama para que le ayuden a defender el trono de su hija Isabel disputado

por su cuñado don Carlos y los futuros carlistas, los exiliados liberales fletan un barco en el Támesis para regresar a España. Se dio el caso curioso de que los que habían ido sin saber inglés regresaban con la misma ignorancia después de pasar allí más de diez años. En cambio, el sereno de su barrio londinense les despidió cantando flamenco. Es la forma hispánica del exilio. Los que aquí no se hablan, fuera hacen gala de una impresionante solidaridad.

Pero volviendo al año 1869, la influencia europea sigue siendo un factor de primera magnitud. Si en los años precedentes, Inglaterra ha jugado sus cartas para entrometerse incluso en la boda de la joven reina de España, lo que planteará un problema diplomático entre la Corona inglesa y el general Espartero, cuando nos acercamos al final del reinado de Isabel, Alemania, como decíamos antes, va a sustituir con ventaja a Francia e Inglaterra en las preocupaciones culturales de los españoles. En 1840 el Ateneo de Madrid crea una cátedra de alemán, que se añade a las que ya existían de francés e inglés, para sus socios. Allí aprendió la lengua teutona Sanz del Río antes de marcharse a Heidelberg, donde sería huésped del profesor Weber y tendría como compañero de pupillaje al futuro Amiel. La incorporación de la cultura alemana al ámbito cultural español es fundamentalmente obra de estos «demócratas de cátedra», gracias a los cuales, entre otras cosas, en España se creó un Ministerio de Educación para regular los temas relacionados con la enseñanza, que hasta entonces dependían de una dirección general dentro del Ministerio de Fomento.

El tirón europeo durante esta época se va a hacer patente a la hora de buscar un rey para España. La posibilidad de un príncipe alemán y la oposición del emperador francés, puesta de manifiesto en el indiscreto telegrama de Ems, sería la excusa buscada por Bismarck para declarar la guerra a Francia. El mariscal Moltke al frente de sus tropas humillaría a Napoleón III en Sedan y ello permite la creación del estado nacional alemán: el I Reich. La problemática española no fue ajena a ello.

Si la generación de los demócratas de cátedra tiene como grandes figuras a personajes de la talla de Castelar, Salmerón, Figueras, Pi i Margall, Giner de los Ríos, Fernando de Castro, Azcárate, etcétera, la llegada de la Restauración va a dar un nuevo giro a las cosas y a las relaciones con Europa. Surgirán nuevas figuras in-

cluidas en generaciones que van a posicionarse respecto al continente desde una óptica distinta. Vamos muy rápidamente a referirnos a cuatro generaciones españolas que tienen a Europa como máximo referente. Veamos.

Europa como referencia para la inteligencia española

La primera de ellas es la conocida como los **regeneracionistas**, que tiene como punto de referencia al aragonés Joaquín Costa. Es el autor del llamado **costismo**. El primero que se plantea un problema terrible: el llamado **problema de España**. Significa esto, acaso, que el resto de los países europeos no tienen problemas. Claro que los tienen. Pero no con la intensidad, con la fuerza, con la profundidad que lo tenemos y lo sentimos los españoles.

El problema de España, que a partir de aquí será un tema recurrente de nuestra historia cultural, ha sido definido por Laín Entralgo como «la dramática inhabilidad de los españoles para sentirnos mínimamente satisfechos con nuestra constitución social, política y cultural». Y fruto de esta dramática incapacidad española, al no sentirnos satisfechos, los españoles nos «tiramamos las ideas» no unos a otros, sino unos contra otros. Decía Ganivet que en España las ideas no son redondas, sino picudas, y se lanzan contra la cabeza del otro, que ya no es tu adversario, sino tu enemigo, a ver si le haces el mayor daño posible. Ése es el problema de España. Y ese problema es el que justifica que siendo el más prematuro de los pueblos europeos para asumir la forma política del Estado —plataforma de la convivencia—, hayamos sido también el único pueblo que en solo un siglo hemos tenido que acudir a los campos de batalla en cuatro guerras civiles para resolver los problemas de nuestra conflictiva convivencia.

Todo esto se lo plantea en primer lugar el «León de Graus», como era conocido Joaquín Costa. El costismo es la primera declaración pública y oficial de que los problemas de España los tiene que resolver Europa, o para ser más exactos, han de solucionarse en un contexto europeo. La fórmula que ofrece es sencilla. Olvidémonos un poco de nuestras glorias históricas. Miremos más al futuro que al pasado. Echemos siete llaves al sepulcro del Cid y dejemos de recrearnos en las glorias de antaño, para

antes conseguir las metas de hogaño. Incorporémonos a las nuevas técnicas, a los nuevos procesos, a los nuevos planteamientos que la cultura europea está gestando. Miremos a Europa con otros ojos. Costa era consciente de que un siglo antes las diferencias de España con Europa en el plano cultural eran apabullantes, por lo negativo, para España. Baste recordar que hasta 1784 cuando un español quería estudiar en Salamanca tenía que acreditar al menos dos cosas. Primero, que no era descendiente de converso, sino de cristiano viejo; y en segundo lugar, que nadie de su familia se había manchado las manos con el trabajo. Y todo esto, ¿para qué se le pedía? ¿Para ser un impresionante científico? ¿Para conocer los últimos avances de la máquina de vapor o la teoría de los gases? No ciertamente. En aquel tiempo la muy gloriosa Universidad salmantina se dedicaba a algo tan apasionante como discutir, primero, si los ángeles tenían sexo, y luego qué sexo tenían. La famosa polémica planteada a las puertas de Bizancio se reproduce en nuestra patria. Europa, en cambio, estaba sentando las bases de la gran revolución científica con la que va a abrir el siglo XIX.

Pues bien, Costa dice que hay que mirar a Europa. Ella nos dará las grandes soluciones a los problemas españoles. El costismo se reduce a dos grandes principios: «escuela y despensa». Cultura y nivel de vida. Y todo ello será el programa que necesita un ser excepcional: el «cirujano de hierro». La escuela y despensa costista conecta un poco con las tesis de Sanz del Río y los krausistas, al menos en lo que al papel de la cultura se refiere. La teoría del cirujano de hierro, es decir, el hombre carismático y providencial que va a intentar por la vía de los hechos y al margen de cualquier legalidad solucionar eso que hemos llamado el problema de España, el problema de la convivencia española, va a quedar en el subconsciente de nuestra cultura política, aunque también tiene un precedente en la cultura política francesa. No en balde allí surgió el llamado «régimen bonapartista».

La tesis del cirujano de hierro sería recogida en España precisamente por Alfonso XIII. Fue expuesta por el monarca en una cena que se celebra en el Círculo de la Amistad de la ciudad de Córdoba, invitado por la marquesa de Viana el día 23 de mayo de 1921. Los productores españoles de aceite se encuentran cerrados los mercados europeos. Como se ve, los problemas de Es-

paña con Europa por temas agrícolas no son nuevos. Ante el radical hundimiento de los precios, los olivaderos andaluces reclaman al rey medidas proteccionistas y solicitan su pronta instauración. En los postres de esa cena, Alfonso XIII, sin venir a cuento, y ante el estupor de su ministro de jornada —La Cierva—, olvidándose de su papel de monarca constitucional, pronuncia un discurso, apoyándose en los datos que ha recogido de las intervenciones anteriores y que ha anotado sobre el mismo menú de la comida, y reclama para España un cirujano de hierro, al mismo tiempo que comenta la situación política general y critica agriamente a la clase política española. Dos años más tarde, el 13 de septiembre de 1923, aunque por otras motivaciones, un militar jerezano, capitán general de Cataluña, se queda con el mensaje y toma el poder. El rey está en San Sebastián y lo acepta. Se inicia la dictadura de Primo de Rivera. La referencia europea de este régimen será fundamentalmente la Italia de Mussolini. Se vive una etapa política que servirá de prólogo a la Segunda República española.

Pero todavía estamos con los regeneracionistas. Además de Costa, hay que mencionar, aunque solo sea de pasada, a Macías Picavea (*El problema nacional*), Lucas Mallada (*Los males de la Patria*), Isert (*El desastre nacional*), Julio Senador —el de los derechos del hombre y del hambre—, Luis Morote (*Moral de derrota*), César Silió (*Problemas del Día*), y algunos otros nombres señeros, en los que Sobejano y Tierno Galván han querido ver los precursores del totalitarismo español, hermanado con los movimientos totalitarios europeos de su época. La generación de los **regeneracionistas** va a terminar de forma trágica cuando España se vea obligada a firmar el Tratado de París de 1898. Cuatro ciudades de Europa han marcado decisivamente la vida política de los españoles. Primero, Westfalia en 1649, principio del fin del Imperio. Después, Utrecht en 1713, el nuevo equilibrio europeo del que España está ausente. Más tarde, Viena, que premiará con el envío de los 100.000 hijos de San Luis en 1823 —acuerdo de Verona— el haber sido el pueblo español el primero que derrota a Napoleón. Y por último, París, pérdida definitiva del Imperio y comienzo de la supremacía internacional de ese gigante nuevo llamado los Estados Unidos de América del Norte. Pocos se habían dado cuenta de su futura importancia. En Europa, solo Tocqueville. En Es-

paña, Donoso Cortés. Pues bien, a consecuencia de la firma de paz en París, se inicia un sentimiento crítico que va a dar lugar a la llamada Generación de 1898. Si los regeneracionistas habían partido del concepto de decadencia y la recuperación de esa decadencia española tenía que venir de Europa, los hombres del 98 van a partir del concepto de crisis y del desastre, pero la solución ya no será europea. Ya no se trata de que Europa salve a España, sino, con un orgullo increíble, es España la que tiene que salvar a Europa. Ya no consiste en europeizarnos, sino en españolizar a los europeos. Ésa es la cuestión que va a tener como principal epígono a don Miguel de Unamuno, quien defiende que frente a la cultura latina, la cultura africana; frente a los grandes autores de Roma, los grandes clásicos de la cultura cristiana africana: Tertuliano y San Agustín.

Unamuno en cierto modo respira por la herida de Ganivet, quien parafraseando a San Agustín acuña una frase definitiva: *Noli foras ira. In interiore Hispania habitat veritas*. No es necesario salir fuera de tus fronteras para encontrar una solución a los problemas que se te han planteado. Y esta consigna será seguida a rajatabla por los hombres del 98, todos ellos periféricos, pero instalados en Madrid y que han hecho de la capital del Reino el centro de toda su actividad.

Además, los miembros de esta generación van a utilizar todos los medios posibles para la consecución de sus fines, es decir, de su reflexión personal y, en ocasiones intimista, sobre España. Es la primera vez, por ejemplo, que el arte se pone al servicio de una concepción política por parte de un grupo de intelectuales, hasta ahora conocíamos la utilización por parte de los gobernantes e incluso la aristocracia o la alta burguesía. Pero en 1898 los intelectuales no dejan de hacer uso de los movimientos artísticos en boga. Los pintores Solana y Darío Regoyos serán en la pintura lo que los escritores del 98 son en la literatura. Entre todos levantan los grandes mitos españoles, el Quijote, la Celestina, la recuperación de Castilla, etc. En esta gran empresa intelectual van a tener como conductor y guía a don Miguel de Unamuno. Pero también a Baroja, Azorín, Valle-Inclán, que hace una crítica terrible del siglo XIX en su famoso *Ruedo Ibérico* o al referirse a las «grotescas horas españolas» en boca de Max Estrella, el protagonista de *Lucas de Bohemia*. En la misma línea, Ramiro de Maeztu, corresponsal

del diario *El Sol* —la gran aventura intelectual de Ortega—, en la ciudad de Londres. Allí en 1916 verá la luz un libro fundamental titulado *La crisis del humanismo*, que casi nadie leyó, porque los ingleses no estaban en aquel momento para leer libros y mucho menos escritos por un corresponsal de prensa español.

Los hombres del 98 van a vivir el desastre con auténtica desesperación. Con un pesimismo total. Con un gran pesimismo respecto a las posibilidades de los políticos para levantar España. Hay frases de Azorín, verdaderamente hirientes y despreciativas para la clase política. Y lo curioso del caso es que aquel debelador de los políticos llegaría andando el tiempo a ser subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública. Es decir, un político en activo. En esta crisis de desesperación, Europa sale muy mal parada. En la España sin pulso de Silvela, a la que aman profundamente pero no les gusta, hay que acentuar su españolización que es tanto como distanciarse de Europa. Respecto al continente distancia activa. A lo sumo tendencia a españolizarlo. En el fondo de este «amor amargo» del que habla Laín, está presente la filosofía europea dominante, es decir, Nietzsche y Schopenhauer. En el plano personal los hombres del 98 van a sentar las bases de un agravamiento del problema de España, ya iniciado con los regeneracionistas. El mismo Laín afirma que cometieron un doble error: político en los que tenían que saber mandar, e intelectual en los que tenían que saber entender. Al final, de la conjunción de ambos errores se llegaría a la circunstancia dramática de la guerra civil de 1936.

La generación del 98 va a dar paso a otra generación egregia: es la que Lorenzo Luzuriaga llama de 1914 en un artículo publicado en una revista bonaerense. La fecha alude a la conferencia pronunciada por el epígono de esta generación, Ortega y Gasset, titulada «Vieja y Nueva Política», en una línea crítica respecto a la vieja política que en nada desdice las que ha llevado a cabo Azorín respecto de la Restauración canovista. De ella dice el filósofo de Madrid que es una obra de fantasmas y que el gran artífice de esta fantasmagoría es ni más ni menos que Cánovas del Castillo, el artífice de la Restauración, el que había vuelto a traer a los Borbones a España, el autor casi material de la Constitución de 1876. El que el año 1897 moriría víctima de Angiolillo en el balneario de Santa Águeda. El hombre que había pasado a la

gloria cívica con el sobrenombre de «el Monstruo» por la fama de sus hazañas. Y el joven Ortega aprovecha para criticar y hundir su obra política. En el año 1914 se publica, por la Residencia de Estudiantes, el primer gran libro de Ortega. Se titula *Las meditaciones del Quijote*. Los editores son aquellos demócratas de cátedra de los que antes hablamos. Los que crearon la Institución Libre de Enseñanza en el año 1876. Una sociedad por acciones integrada por los catedráticos que habían sido expulsados de la Universidad española durante la llamada segunda cuestión universitaria y cuyo objetivo era la recuperación moral e intelectual de España. Surge la Residencia, primero en la calle Fortuny, de Madrid, y más tarde se traslada a los llamados Altos del Hipódromo, en un lateral de la Castellana, enfrente de los actuales Nuevos Ministerios. Juan Ramón Jiménez la denominaría líricamente «la colina de los chopos». En esa residencia va a impartir docencia Ortega y va a contar entre sus alumnos a Dalí, Buñuel, Lorca, Juan Ramón, etc. Algunos de los nombres señeros de la cultura española de la época.

El año 1913 Ortega acaudilla un movimiento de protesta contra la clase política española por el rechazo de la candidatura de Azorín a un sillón en la Real Academia Española de la Lengua. Se ofrece una cena de desagravio a Azorín en los jardines de Aranjuez, donde se ataca con virulencia a los hombres de la Restauración. El año siguiente y desde El Escorial se escribe *Las meditaciones*. Ortega se hace la gran pregunta: ¿Dios mío, qué es España? Pregunta que ningún otro pueblo de Europa se atreve a formularse. Solo los españoles egregios de esta época no saben que es su patria. Y el filósofo, que ocupa la cátedra de Metafísica de la Central desde 1909, se atreve no solo a la pregunta sino también con la respuesta. España es un problema del cual nos tiene que salvar Europa. Y más tarde seguirá contestándose con esas brillantes metáforas orteguianas: «España es esa gran nube de polvo que queda en el camino cuando por él ha pasado al galope un gran pueblo». La respuesta de Ortega encuentra su cabal comprensión en la referencia europea. Solo Europa puede salvar a España. Y *sensu contrario* solo desde una perspectiva europeísta, los españoles podemos salvarnos. Toda la solución de nuestros problemas ha de venir del continente.

Pero afortunadamente Ortega no está solo. En esta impresionante aventura le van a acompañar los nombres más señeros de la cultura española de cuyas realizaciones nos estamos nutriendo ahora mismo. Son Ramón Menéndez Pidal, director entonces del Instituto de Estudios Históricos, creado por la Institución Libre de Enseñanza, los doctores Marañón, Hernando y Pittaluga, los historiadores Sánchez Albornoz y Américo Castro y un largo etcétera de intelectuales que tienen todos un punto en común. Todos están imbuidos de cultura alemana. Algunos van a ser los introductores de la cultura germánica de este momento en España. Piénsese en la obra de Fernando de los Ríos, autorizado traductor de la obra de Jellineck, o García Morente, que ha puesto a disposición de los universitarios españoles en una preciosa edición de la *Revista de Occidente*, la obra de Spengler, *La decadencia de Occidente*.

De entre todos los hombres de esta generación del 14 solo hay uno que no está en el ámbito cultural alemán, lo que no empece a su vocación europeísta. Se trata de Manuel Azaña. Está impregnado de cultura francesa y cree que la salvación de España solo podrá darse en el momento que aceptemos los planteamientos políticos culturales y sociales de la cultura francesa e inglesa. No comparte los «motivos de la germanofilia» como denuncia en un famoso discurso. Es descaradamente francófilo y critica abiertamente la galofobia. Cree en la Francia de la II República, pero no en la Alemania heredera de Bismarck. Fue el primero que se dio cuenta de algo fundamental. La solución de los problemas españoles pasaba por Europa, pero Europa no era un continente monolítico ni uniforme. Había varias culturas europeas y algunas veces en franca oposición entre sí. Pedía a los españoles el talento y la imaginación suficiente para saber a qué Europa teníamos que incorporarnos. Era un elemental problema de elección, que sin embargo resultaría fundamental y decisivo. Los sucesos de los años treinta pondrían de triste actualidad los temores azañistas. Hay un dato curioso. Hemos dejado constancia de la ley pendular de la historia española. Pues bien, cuando Europa pierde la fe en sí misma, cuando ha perdido la fe en la libertad creadora que ha sido el principal rasgo de este continente, cuando ha dejado de sentir su superioridad cultural y técnica respecto a otros pueblos y se ve como empedregada por ellos, cuando todo eso tiene lugar,

el país europeo que apuesta más fuerte por Europa es precisamente España. Cuando la diplomacia europea difícilmente aguanta las presiones de Hitler y Mussolini en la Sociedad de Naciones de Ginebra, la única voz que se levanta airada es la voz del español Salvador de Madariaga, un hombre de la generación del 14, por cierto. Es la voz de la República española que advierte los peligros de la política expansionista del frente Berlín-Roma. España pagaría muy caro esta osadía. Esta defensa apasionada de la libertad de Europa. Alemanes e italianos no perdonaron a la joven república que se permitiera levantar la voz en el foro de Ginebra para denunciar la invasión de Abisinia, la toma de Alsacia o la política de absorción en el pasillo de Dantzing. Las consecuencias no se hicieron esperar. A partir de entonces y con el visto bueno resignado de Londres y París, la República española estaba a merced de Berlín y Roma.

Pero volviendo a nuestra generación del 14, conviene destacar que esta promoción egregia de intelectuales no solamente quisieron hacer ciencia o literatura, historia o poesía, cine y bellas artes. También quisieron hacer política. Saben que solo por la vía de la cultura los pueblos no pueden avanzar. Hace falta dar un paso adelante. Tres de sus miembros —Ortega, Marañón y Pérez de Ayala— crean la Agrupación de intelectuales al servicio de la República. El 14 de abril es la fecha de su triunfo y el principio de su fracaso.

Pero estos hombres fueron los más europeístas de los españoles de su tiempo. Su cabeza visible, don José Ortega y Gasset, en 1950, estando exiliado en Buenos Aires, recibe una invitación para hablar en la Universidad Libre de Berlín. Se repartieron más de dos mil invitaciones que fueron insuficientes para acoger al numeroso público de Berlín que quería escuchar la voz de este español del exilio. Ortega pronuncia una brillante conferencia con el título «Una cierta meditación de Europa». Y en esa meditación sobre Europa, reclama para España y los españoles el orgullo de haber creído siempre en el Viejo Continente. Y dice también que él es el decano de los pensadores europeos y de los hombres que consideran una exigencia vital la unión del continente. Estamos en 1950. Los llamados padres de Europa tendrán que esperar a 1957 para poner las bases de lo que hoy es la Unión Europea a la que España pertenece desde 1986, y de la que nunca estuvo

ausente. Pondera Ortega la importancia del sentimiento europeo y afirma que cuando a los europeos les falta un proyecto sugestivo de vida en común, cuando les falta ese proyecto unitivo, su expectativa se malogra, es como si se les «descoyunta el alma». Él reclama para España y los españoles esa prioridad en el reconocimiento de la cultura europea y de los valores de Europa y su activa participación en la construcción de la misma y de su identidad cultural, entre otras motivaciones para poder salvar la cultura española.